

## Capítulo 4

### Los sueños cambian

¿Qué son los sueños? Quizás, son esos pensamientos etéreos que vagan en nuestras mentes deseando ser realidad. Un sueño puede ser lo más importante de las cosas menos importantes. Se pueden imaginar, dibujar, cantar... pero pocos son los valientes que los siguen hasta tocarlos y muchos los que se conforman con soñarlos. Y ya decían: "Para cumplir tus sueños, primero has de despertarte".

Sebas se despertó de madrugada. Todavía se encontraba en el hospital. Estaba más nervioso que nunca. Sabía que a la mañana siguiente le operarían y se sentía más solo que nunca, postrado en aquella cama, con la única compañía de los impasibles tic-tac del reloj. A nuestro protagonista no le asustaba el paso del tiempo, sino el pasar el tiempo él solo. Aunque el último suceso le había unido más todavía a su madre, seguía vacío. ¿Pero qué iba a sentir Sebas que no hayamos sentido todos? Solo, rodeado de gente, con un pilar derribado, que había sido, es y sueña que será, el apoyo que siempre quiso. Irene. Envuelto entre tantos pensamientos se fue desvaneciendo poco a poco, quién sabe si por cansancio o por la propia desconexión de su cerebro, que trabajaba "demasiado" a lo largo del día.

- ¡Sebas!, ¡Sebas! - oyó éste a su lado. Despegó sus párpados y reconoció una conocida silueta con un tono de voz muy fino.

- ¿... María? - balbuceó el joven.

- ¡Si! ¿Qué pasa? ¿Que ya no te acuerdas de mí? - le echó en cara con un tono irónico.

- No me lo puedo creer, ¿Qué haces aquí?

- ¿Venir a verte quizás? - María parecía más contenta que nunca, miraba a un lado y a otro sin parar y daba saltitos sentada en la cama de Sebas.

- Mmmm... ¿Con quién has venido? - preguntó el chico.

- He venido con mis padres y unos antiguos amigos de trabajo de tu padre.

Se hizo el silencio después de aquella palabra. María notó la tensión y rápido cambió de tema.

- Tu tía nos informó de tu operación y aprovechando la Semana Santa nos hemos escapado hasta aquí - dijo entre sonrisas.

Sebas no entendía aquel torrente de alegría que emanaba de su ¿amiga? Él se alegraba, pero no era lo mismo que antaño.

- Me voy fuera a la sala de espera. Volveré después de la operación y... ¿Me dejarás robarte algún ratito, no? Tengo algo para ti.

- ¡Claro! - respondió Sebas.

- Me alegro de verte - dijo María guiñando un ojo mientras salía por la puerta danzando.

Sebas se quedó mirándola fijamente al salir. Ya no la veía como la María de antes. Aunque era una chica con mucho estilo y aplicada, no tenía el mismo "ángel" que Irene.

En realidad no se alegraba de verla. Sabía que al final tendría que dar explicaciones. Y cómo odiaba eso Sebas. Sabía que no era un profesional del cara a cara, pero le tocaría afrontarlo. Le habría gustado desaparecer, pero sólo desaparece la gente que tiene un lugar adonde ir, y ese no era su caso.

Sólo se oía el ruido de las herramientas y las voces entrecortadas de los médicos. Sebas empezó a ver la luz de nuevo y, a lo lejos, a su madre. Parecía que todo había acabado.

- ¿Cuál es el diagnóstico, doctor? - dijo su madre acercándose cada vez más.

- Todo ha salido según lo previsto; pero, como le dijimos, la parte inferior de su pierna izquierda quedará seguramente dañada. Es simplemente una cojera, pero le limitará si realiza algún tipo de deporte.

Su madre se puso a llorar, no se sabe si de pena o de alegría, y se dirigió al joven.

- Por fin podemos volver a casa, hijo.

Después de darle el alta, todos los conocidos de Murcia estaban fuera esperándolo para verle. Entre besos y abrazos apareció María de nuevo:

- Bueno... no está del todo mal tu pierna. Grandes aventureros que han recorrido más de medio mundo también cojeaban.

- ¿Acaso tengo cara de pirata? - respondió Sebas.

- Depende por dónde lo mires... con todas las batallitas que has pasado, quién lo diría... - disparó María - mañana es el último día que estamos aquí, pues el martes empieza el instituto. ¿Crees que tendremos un rato? Así me enseñas el pueblo, que no conozco nada.

A Sebas se le cortó la respiración en ese momento. Se acordó de cuando fue Irene quien se lo enseñó. No se la podía quitar de la cabeza.

- Bueno... no sé si será buena idea... yo también soy nuevo aquí.

- ¡Anda, pirata! Mañana a las 8 me planto en tu casa; que, como duermo en casa de tu tía, ya sé hasta dónde vives.

- ¿Pero tú no decías que no conocías nada del pueblo?

- Jajaja... ¡Allí nos vemos!

María era una profesional del cambio de tema, lo cual reforzado con su cara dura, era imparable. Aun así Sebas esbozó una sonrisa acordándose de antaño y sus paseos por la playa con ella. Pero no se podía engañar, ahora que estaba fuera debía preocuparse por lo que de verdad le importaba.

Tras su vuelta a casa, el poco tiempo del que su madre disponía después del trabajo, lo empleaban en hablar. Y, ¡Qué importante se había vuelto para Sebas hablar! Todo lo acontecido le había cambiado. Había estado al borde de la muerte. Era un superviviente, sobre todo mental más que físicamente. Estaba aprendiendo a escuchar.

Y es que en su madre había encontrado una amiga. Una amiga para siempre. Daba igual de qué hablaran: de su juventud, sus batallitas, sus pasiones, su vida, el día a día... Ésta le contaba que aunque no tenía muchos medios siempre había escrito en verso y prosa, pintado en lienzos, despertando así en su hijo nuevas inquietudes. Sebas admiraba cada vez más a su madre. Sabía que estaría ahí siempre, por muchos cabreos y adversidades que hubieran pasado.

Mientras observaba un viejo cuadro con cinco rosas blancas, dibujado por su madre en la pared del salón, sonó el timbre:

- ¡Voy! - Se apresuró la madre.

- No, deja, que fijo que es María - contestó Sebas.

- Ah, entiendo - dijo la madre apartando la cabeza de la mirilla - ¡No olvides las muletas! ¡Y a las diez a cenar!

Abrió esta la puerta para quedarse como una estatua de sal.

- ¡Hola! - saludó María al otro lado de la puerta, riéndose. Venía ajustada en un fino traje de color marfil que parecía sacado de una película. Llevaba el pelo suelto y rizado y una mirada que derrochaba ilusión.

- ¿Qué se celebra hoy? - contestó Sebas.

- ¿Nuestro encuentro, quizás? - dijo María cambiando la cara.

- Ah, sí... ejem... mmm... sí - tartamudeó el chico rascándose la cabeza. Se miró de arriba abajo observando su chándal azulado. María se cruzó de brazos.

- ¡Qué mas da! Hoy no hay excusa. Vamos ya - exclamó María tirándole del hombro.

A ritmo lento pero sin pausa, gracias a su pierna, llegaron hasta la parte baja del Palacio de Tordesillas. Sebas estuvo haciendo malabares con las palabras intentando esquivar los temas que María quería tratar, hasta que ésta se paró en un camino donde se

veía el río. De repente desapareció todo signo de alegría en su cara y con tono melancólico dijo:

- ¿Qué ha pasado con lo nuestro, Sebas?.

Al chaval se le cayó el cielo encima. Casi podía ver cómo los ángeles sujetaban el trono a Dios. Esto no se lo esperaba.

- Pues no lo sé - intentó suavizar éste. Añadió con voz solemne - Ya sabes, después de todo lo acontecido, mi cambio tan repentino de vivienda, lo de mi padre, el hospital...

- Ssssss... - le mandó callar María con un dedo en sus labios. Pudo ver como la chica se acercaba poco a poco y cerraba los ojos. Quiso olvidarlo todo por un momento. Durante un instante sus sombras jugaron a imitarse. Podía rozar su cuello y acariciar su pelo mientras respiraba del aliento de sus suspiros. No duró mucho.

Él se aparto de repente.

- No es el momento... ni creo que lo vuelva a haber - dijo mirando a ningún lado. Ambos escucharon un silencio muy frágil que pareció eterno. Sebas juraría haber visto el reflejo de una lágrima deslizándose por la cara de María. María lo rompió diciendo - Aún así, toma esto. Lo dejó Don Roberto para ti después de su muerte; además, de una caja llena de libros que está en casa de tu tía.

María extendió la mano para entregárselo a Sebas. Ambos se miraron refugiándose de nuevo en el sigilo de sus ojos. Sus miradas ahora parecían más tranquilas. El silencio es el reflejo más perfecto de la felicidad.

A veces los caminos se cruzan en un determinado momento pero ambos pueden llevar rumbos muy distintos. Los dos se quedaron mirando cómo el sol se ocultaba frente a ellos bañando un cielo de color violeta que les abrazó hasta el anochecer.

Después de la despedida de María, empezaba una nueva vida para Sebas. Aun así, no la olvidaría, pues ejercer el olvido por voluntad propia es imposible. Los amores no desaparecen, sólo cambian de lugar en la memoria.

Es así como debería volver al instituto, ponerse al día y empezar a leer aquel misterioso diario de Don Roberto y sus libros. Quien lo diría, también él se acordó de Sebas hasta su último día.

Por lo que pudo observar, se trataba de su diario original y pensó en leerlo por las noches antes de acostarse. Así que cuando volviera del instituto le echaría un ojo, junto con todos esos libros que también había "heredado". Su cojera le impediría salir con la normalidad de antes, así que aprovecharía esta desventaja para pasar más tiempo en casa y analizar todos esos tesoros de papel. Sabía que Don Roberto siempre había hecho las cosas con un fin. Y ésta no sería menos.

Su entrada en el instituto fue apoteósica. Todos le estaban esperando en la clase con una gran pancarta que decía: "Bienvenido otra vez, Sebas". Estaban todos: D. Paco, su tutor, D. Bernardo, aquel profesor que tanto se preocupaba por él, sus compañeros, Jorge, Álvaro, Beatriz, Cristina, Alicia... entre otros.

Le emocionó el hecho de que toda esa gente comprendiera su estado de ánimo y le recibieran así, después de su última odisea. Al acabar la primera clase, el tutor, D. Paco, le mandó llamar para hablar:

- Sebas, espero que tu vuelta ya sea para quedarte. Para evitar cualquier tipo de altercado, te sientas como te sientas, aquí estoy yo, dentro o fuera de las horas de clase.

- Gracias, Paco, pero no te preocupes tanto. Os agradezco todo mucho más de lo que creéis. Hacía tiempo que no me sentía así de bien gracias a vosotros.

Terminando aquella frase pensó Sebas cuánto tiempo más duraría todo ese afecto repentino que se había puesto de moda en la gente. Al final, sólo quedarían sus verdaderos amigos y amigas, los cuales podía contar con una sola mano, incluso con menos. Aun así, a la hora de contarlos era como si le hubieran cortado un dedo de ésta. Irene seguía sin aparecer.

Se dirigió al despacho de Dña. Carmen, la orientadora, para saber si los padres de Irene podían haber hablado con ella, y ya de paso encontrarse a Dña. Manuela para pedirle disculpas por todo lo ocurrido en su clase.

Después de esperar un buen rato en el despacho apareció Dña. Carmen. Mientras colgaba su chaqueta marrón en la pared, preguntó:

- ¿Qué te trae por aquí, Sebas? ¿Qué tal te va todo? ¿Necesitas ayuda?

- No vengo a hablar de eso - cortó Sebas - Vengo a saber si ha hablado con los padres de Irene desde su desaparición.

- Sí... sólo una vez. Estaban angustiados, como te puedes imaginar... ¿Pero, por qué quieres saberlo?

- Me gustaría que me facilitase su dirección. Querría hablar con ellos un día de éstos, sé por lo que están pasando... ¿Y no le dijeron nada más?

- ¡Claro que no! No estaban de mucho humor tampoco, normal... Perdona, tengo que salir un momento, ahora seguimos hablando - respondió Dña. Carmen, que se la veía atareada.

El cambio de su tono de voz en la conversación le pareció raro a Sebas. Todo le empezó a oler a gato encerrado y empezó a mover algún cajón de su despacho, en busca del expediente de Irene o algo que pudiera facilitarle información de sus últimos movimientos. Los expedientes no estaban por ninguna parte, pero observó en el cajón inferior de la mesa (que conservaba la llave puesta) una mochila que le resultaba familiar.

Eran las pertenencias de Irene, que habría quedado allí después de su desaparición en un día lectivo. Pensó que estarían allí a la espera de mandarlo a un detective o algo similar. Aun así no pudo aguantarse. La abrió y solo vio cuadernos, libros, su estuche (todavía medio abierto)... Dentro de un bolso interior relucía algo de color plateado y no era una cremallera. Era una llave con el número cinco grabado en números romanos. Sin pensarlo se la guardó antes de que apareciera Dña. Carmen de nuevo.

- Perdona, Sebas, por hacerte esperar... aquí te traigo la dirección de su casa. Espero que te sirva para...

- ¡Gracias, Carmen! - contestó rápido Sebas mientras salía corriendo, dejando a Dña. Carmen con la palabra en la boca.

Esa noche no pudo dormir. Aquella llave no era normal. Tenía un diseño un tanto antiguo y no parecía pertenecer a una puerta cualquiera. Ni siquiera pudo leer el diario de Don Roberto, pues se le quitaron las ganas entre tanto nerviosismo. De todas maneras pudo observar que todos los días escritos por aquel hombre acababan con una frase que invitaba a la reflexión, después de hablar de aquella supuesta e imaginaria Leonor. Pero ni aquello le motivó. Estaba asustado y no sabía qué hacer. Quizás no debía hablar con los padres de Irene... ¿o sí?

A la mañana siguiente todo transcurrió como un día normal. Sebas no estaba prestando atención al encerado, sólo pensaba una y otra vez en la llave. D. Bernardo, el profesor de Ciencias del Mundo Contemporáneo, se percató, y con todo el cuidado le dijo:

- Sebas, si te encuentras mal ve al servicio un momento a despejarte.

- No, no me encuentro mal. - respondió el chico. Aun así, D. Bernardo notó su falta de ganas y le animó a salir a tomar el aire.

Se dirigió sin demora al aseo de chicos. Se mojó la cara para refrescarse, pero al cerrar el grifo notó que había algo haciendo presión. Por más fuerza que hacía menos se cerraba. Fue entonces cuando vio un papel doblado debajo. Estaba muy doblado y mojado. Al abrirlo pudo leer:

*"Sigue al Pájaro Blanco"*

V

Tenía el mismo número que la llave de Irene. No entendía nada. ¿Eso estaba escrito expresamente para él? ¿Por qué estaba otra vez metido en líos? Recordó entonces otra frase de las clases de Don Roberto: *"Las casualidades son cicatrices del destino"*.

Y es que sí. De un momento a otro todo puede ser diferente. Se sentó en el suelo y se echó las manos a la cabeza. Le vino a la mente ese soplo de aire que siempre iba en contra de la realidad. Irene.

Cómo cambian los sueños...